



Bolivia

Mucho antes que las dulces mujeres sin sonrisa
pasaran con sus faldas de colores
y sus mantas espléndidas
y con esos oscuros, sombreros diminutos;
mucho antes que los niños miraran desde el polvo,
el mar se abrió y las rocas sepultadas se alzaron,
llenos de sal y hundieron en el cielo,
y roca a roca y pliegue a pliegue y siglo a siglo,
ascendió ardiendo en rezo la piedra torturada
y el cielo del diluvio la llenó como un cántaro.

No fuimos invitados al relámpago.
De ese fragor ninguno fue testigo.

Año fijó las rocas lilánicas sin árboles,
alguien trazó este llano polvoriento en el cielo
y sobre el yermo, a solas,
dictó esas cumbres blancas, los palacios helados,
cuya forma esta tarde le dio envidia a la luna.

Allá arriba yo vi dioses dormidos,
torsos de piedra, pechos de glaciar, seres pánicos
que besa y gasta el viento,
allá arriba, en el vuelo de la luz, en el grito
del enigma terrestre.

No hay bestias, no hay jardín, no hay amor, no hay
pupilas,
sólo hay un duro, frío, vasto, verde silencio
que un terso cauce anula,
y arenales sedientos quebrantan los cañones.

Es domingo, y el agua muestra al Perú a lo lejos.
El agua nada sabe de estas fronteras mágicas
que inventó nuestro miedo,
y tal vez las dos alas de esa gaviota en lo alto
se apoyan cada una en un país distinto,
y una misma ciudad de piedra y oro miran
las moteadas truchas en el fondo del lago.

El trazo azul horizontal es puro,
aquí la tierra sabe de cansancio y paciencia,
pero también se duerme en su pureza,
trabaja en perfección, reza en zafiro.
Y todos somos niños en las balsas de juncos
desde donde buscamos nuestros nombres perdidos
y el alma que perdimos
y el dios solar que tiembla, como en el cielo diáfano,
en la roja y oscura jaula de nuestros pechos.

Todo es color de tierra en estos montes
menos la franja azul del Titicaca
besado por los palos entre estelas de barcas.
Todo es color de tierra, la hierba y los corderos,
las hondas viejas casas con sus dioses de barro,
los niños silenciosos de corazón de arcilla.
Todo es color de tierra
salvo la copa azul del lago aimara
y esas crestas inmóviles de blancura imposible
que son risas de dioses
donde acaba el esfuerzo y empiezan las estrellas.

William Ospina Poeta colombiano



El 27 de abril de 2007 falleció Mstislav Rostropóvich, uno de los más grandes violonchelistas de la historia. Rostropóvich no sólo fue un virtuoso con un supremo dominio del instrumento, un gran director y un músico excepcional, sino que, movido por su entusiasmo por la música contemporánea, promovió un enriquecimiento sin precedente del repertorio del violonchelo. Se distinguió, además por su apasionada defensa de los derechos humanos, aun cuando ello haya implicado riesgos, amenazas y sacrificios.

Rostropóvich nació en Bakú, capital de la entonces república soviética de Azerbaiyán, en el Cáucaso. Su primer maestro fue su padre, que en su juventud estudió con Pablo Casals. A los dieciséis años de edad, el joven Slava (diminutivo de Mstislav) entró al Conservatorio de Moscú, a la clase de Semion D. Kozolúpov.

En 1947, a los veinte años, tuvo la osadía de tocar el *Concierto Op. 58 de Prokófiev*, obra de la cual el compositor no se sentía muy satisfecho y que en su estreno, nueve años antes, había sido objeto de unánimes críticas en la URSS por su "contenido ideológico de corte burgués". El compositor quedó tan entusiasmado con la interpretación de Rostropóvich que le prometió reescribir el concierto. Antes, sin embargo, compuso su *Sonata para violonchelo y piano, Op. 119*. La terminó en 1949 e invitó a Slava a su dacha de Nikolina Gora, cerca de Moscú, para tocarla y revisarla juntos. Rostropóvich pasó dos veranos con Prokófiev y su esposa Mira en Nikolina Gora y colaboró en la revisión del concierto. En 1952 estuvo lista la nueva versión: la *Sinfonía concertante para violonchelo y orquesta, Op. 125*, dedicada a Slava, obra magnífica, fundamental en el repertorio del violonchelo del siglo XX. La colaboración con Prokófiev fue intensa pero breve, ya que el gran compositor murió en 1953.

Fue mucho más larga su amistad con Shostakóvich. Lo conoció en 1943, cuando ingresó al Conservatorio de Moscú, en donde Shostakóvich ganó el primer lugar del concurso de violonchelo de toda la Unión Soviética e inició su brillante carrera en la URSS. Se hizo acreedor a los máximos galardones otorgados por el gobierno soviético: el Premio Stalin, el Premio Lenin y el nombramiento como *Artista del Pueblo de la URSS*.

En 1955 se casó con la gran soprano Galina Vishniévskaya,

a quien con frecuencia acompañaría tanto al piano como al frente de la orquesta de la ópera del Teatro Bolshói.

Su carrera como director de orquesta se inició en 1961 con la orquesta de Nichni Novgorod y, posteriormente, con la del Teatro Bolshói.

El 2 de agosto de 1959 Rostropóvich recibió de Shostakóvich uno de los mayores regalos de su vida: el manuscrito de su recién terminado *Concierto en mi bemol mayor para violonchelo y orquesta*. Slava se encerró a estudiarlo sin descanso. El 6 de agosto acudió junto con el pianista Alexander Dedyujin, a la dacha de Shostakóvich en Lomárovo, cerca de Leningrado, para tocar el concierto ante el compositor. Shostakóvich le rogó esperar un momento mientras le traían al *cellista* un atril en donde poner la partitura, pero Slava dijo que no era necesario pues ya lo sabía de memoria.

"Es imposible, imposible", le dijo Shostakóvich, Rostropóvich se sentó y tocó el concierto en una sesión memorable ante el compositor y el reducido grupo de amigos que se habían reunido a escuchar por primera vez la nueva obra, uno de los mejores y más brillantes conciertos para violonchelo del siglo XX.

En los años siguientes, la relación se hizo especialmente fecunda, shostakóvich le dedicó su segundo concierto para violonchelo y a Galina Vishniévskaya sus *Sátiras sobre versos de Sasba Cherny*, el *Ciclo sobre poemas de Alexander Blok* y la orquestación de las *Canciones y danzas de la muerte* de Mussorgsky.

En 1955, el gobierno soviético empezó a permitir a sus más distinguidos artistas hacer giras por Occidente. Óistrá, Gígels, Richter y Rostropóvich fueron de los primeros en darse a conocer fuera de la URSS y de los países de la órbita soviética de Europa Oriental. En poco tiempo adquirió una fama mundial su interés en la música contemporánea, que ya había tenido abundantes frutos en su país, se convirtió en un poderoso catalizador para la creación de nuevas obras para violonchelo. Benjamín Britten compuso para él sus cinco obras para violonchelo: la *Sonata para violonchelo y piano*, la *Sinfonía para violonchelo y orquesta* y las *Suites* para violonchelo solo. No puedo enumerar a todos los demás compositores que le escribieron obras, pues la lista sería demasiado larga. Sólo citaré entre los principales, a Lutoslawski, Penderecki, Dutil-